

El tiempo del catecumenado

Joan M. Amich i Raurich

Delegado episcopal para el Catecumenado de la diócesis de Girona

Al introducirse en su dinámica, el catecumenado produce una primera impresión de complejidad. El *Ritual de la Iniciación cristiana de adultos* nos habla de etapas, de ritos y de entregas, de comunidad, de catequesis, de acompañantes, de garantes... En el núcleo de esta complejidad es necesario saber discernir cuáles son los elementos esenciales: ¿estar atento a las motivaciones de los candidatos? ¿Proponer una catequesis suficiente? ¿Verificar una transformación moral? ¿Preparar bien la liturgia de los ritos? ¿Implicar a la comunidad?

Estos primeros años de reinstauración del catecumenado en nuestras diócesis han vivido en una situación de aprendizaje y de tanteo. Deberíamos añadir otros problemas que se han ido constatando:

- El desconocimiento general de las particularidades del proyecto catecumenal.
- Las confusiones de vocabulario existentes que aplican el término a realidades diversas.
- Los prejuicios que genera a causa de su duración.
- Las resistencias a aceptar la situación de misión de muchos ámbitos pastorales.
- La dificultad de pasar de la simple sacramentalización a una real iniciación cristiana.

- La precariedad de nuestras estructuras de acogida a los no creyentes.
- La desconfianza hacia las instancias y los proyectos diocesanos.
- La inseguridad ante una situación para la cual los agentes pastorales no se sienten preparados.

Sin embargo, en algunas diócesis se ha efectuado un recorrido interesante. No tiene aún la dimensión de lo que hemos conocido en otros países occidentales, pero nos ayuda a establecer las bases de un camino futuro.

Esta aportación quiere ser una sucinta relectura de este recorrido a través de cinco factores esenciales del tiempo propiamente catecumenal del proceso de la iniciación cristiana.

1. La etapa catecumenal sostiene y acompaña una conversión personal

Una **conversión inicial** es el punto de partida del proceso catecumenal. Se trata de hacerla madurar hasta que se transforme en *una viva, explícita y operativa confesión de fe*¹. Si la etapa del precatecumenado ha contribuido a esclarecer las motivaciones de cada uno, el momento propiamente catecumenal ha de servir para fundamentar expresamente el deseo inicial, seguramente incompleto.

Este asentamiento de la conversión se produce a medida que se clarifica qué es la conversión propiamente cristiana, diferente de una simple experiencia espiritual. «No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por **el encuentro con un acontecimiento, con una Persona**, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva»².

Al hacer un breve balance de este aspecto nos damos cuenta de que hoy la conversión al cristianismo se produce en un marco donde el hecho de ser cristiano ya no es algo que se sobreentienda desde el punto de vista social. El catecumenado hace intuir **nuevos caminos de acceso a la fe cristiana** en una sociedad postcristiana y multicultural. Los procesos catecumenales evidencian un postulado fundamental de la modernidad, según el cual una identidad religiosa se considera auténtica en la medida que es

1 CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *Directorio General para la Catequesis* (DGC), EDICE, Madrid 1997, n. 82.

2 BENEDICTO XVI, carta encíclica *Deus caritas est*, 2005, n. 1.

una identidad escogida desde la libertad³. Esta idea la hemos escuchado muchas veces. La existencia de catecúmenos nos la hace real y exige que respondamos a ella de una forma efectiva.

Ayudar a que madure esa conversión inicial nos pide conocer las características y la ambigüedad del sujeto contemporáneo. En algunos momentos puede surgir la duda de si la persona realmente se convierte a Dios o si de alguna manera, buscándose, se convierte a sí mismo. Por ello, y en el sentido más ignaciano del concepto, **el discernimiento** es tan fundamental en el proceso que realizamos con aquellos que se acercan a la fe⁴.

Se trata –y este es el reto– de acoger a cada persona en **la singularidad** de su camino, ofreciéndole un **acompañamiento individual** que conduzca a una conversión efectiva, a una adhesión libre y responsable a Jesucristo y a la familiarización con lo que es la vida cristiana.

La falta de acompañantes preparados para esta tarea y su formación constituye una de las limitaciones actuales. A menudo los acompañantes asumen esta responsabilidad con buena voluntad, pero sin tener toda la perspectiva de las posibilidades del camino catecumenal. La brevedad del recorrido del catecumenado entre nosotros agudiza este déficit.

2. La etapa catecumenal educa en la fe por la catequesis

A través de la catequesis que se realiza en esta etapa, *la Iglesia transmite a los catecúmenos la experiencia viva que ella misma tiene del Evangelio, su fe, para que aquellos la hagan suya al profesarla*. Es una transmisión de la Palabra en mayúsculas, un acto de confianza en su eficacia transformadora. Una catequesis así, que tiene como objetivo el anuncio del misterio de Cristo, debe ser algo más que dar a conocer un conjunto de conocimientos. El

3 D. HERVIEU-LÉGER, *Le pèlerin et le converti. La religion en mouvement*, Flammarion Paris 1999, p. 129.

4 «Como para los antiguos griegos, para muchos de nuestros contemporáneos parece que convertirse es apartarse del mundo de las apariencias, de la dispersión donde el hombre queda alienado, para reencontrarse con su ser más auténtico. Más que otra cosa, se trataría de una fidelidad a sí mismo, una respuesta al deber de realizar aquello que cada uno ya tiene en su interior. Sin embargo, para el cristiano la conversión es otra cosa. No se trata de una fidelidad a sí mismo, sino de una fidelidad a Dios. Es el encuentro de una persona viva hacia la cual yo oriento mi vida. Girándose hacia Dios, el hombre se realiza, pero antes ha de morir a sí mismo. Ahí está el contraste entre dos éticas y también entre dos concepciones de la conversión». J. DANIELOU, Prologue a P. AUBIN, *Le problème de la «conversion»*. *Étude sur un terme commun à l'Hellénisme et au Christianisme des trois premiers siècles*, Beauchesne, Paris 1963.

mismo *Directorio* nos recuerda que se trata de un acto de 'traditio' viva y activa⁵.

En el momento de hacer un balance de este objetivo surgen algunas preguntas: ¿qué forma deben tomar estas catequesis? ¿Cuáles son los textos fundamentales y recursos que debemos utilizar? ¿Cuál es la duración adecuada? Son cuestiones importantes: pero quizás la más esencial debería ser preguntarse sobre a quién irá dirigida esta catequesis y cuál es el momento en que se encuentra cada catecúmeno.

Ello explica la variedad en la forma que ha tomado este objetivo catequético en nuestro catecumenado. La singularidad de cada uno de los catecúmenos ha condicionado las decisiones. No es lo mismo catequizar a alguien que ha nacido en la tradición cristiana que a otro que culturalmente se acerca por primera vez al cristianismo. Ello explica que hayan existido diferencias en la duración y en el elenco de contenidos de esta labor más sistemática.

Se ha intentado no dejar de lado el principio de la adaptación. Tampoco la prudencia pedagógica. El objetivo ha sido claro: que se tenga un conocimiento suficiente del misterio cristiano, una fe adecuadamente razonada. Según el *Directorio*, se trata de dar un equipaje básico, *poner los cimientos del edificio de la fe*, desde la conciencia de que se trata de *una acción fundamental en la construcción de la personalidad del discípulo*⁶.

Se ha intentado que la duración fuese suficiente para desarrollar los elementos esenciales del misterio cristiano y permitir así a los catecúmenos integrar y experimentar en su vida las cuestiones abordadas. No se ha tratado tanto de transmitir un saber como de facilitar una experiencia de seguimiento de Jesucristo en la Iglesia.

En algunos casos esta catequesis se ha podido desarrollar en grupo y, por tanto, ha quedado enriquecida por un diálogo y un contraste más amplios. En otras ocasiones, las circunstancias han impuesto una catequesis más personalizada. Nunca ha faltado la presencia de cristianos acompañantes y, en la mayoría de los casos, de los sacerdotes.

Organizar la catequesis en esta etapa catecumenal exige dedicación y constancia. Sin embargo, es importante no olvidar que, aún tratándose de un componente fundamental del proceso, no es el único, y tiene sus límites. El objetivo de *propiciar una viva, explícita y operante profesión de fe*⁷ no se conseguirá exclusivamente con las catequesis propiamente dichas.

5 D.G.C., n. 66

6 *Ibid.*, n. 64

7 *Ibid.*, n. 66

3. La etapa catecumenal vincula el candidato a una comunidad de fieles

«La catequesis corre el riesgo de esterilizarse si una comunidad de fe y de vida cristiana no acoge al catecúmeno en cierta fase de su catequesis. El acompañamiento que ejerce la comunidad en favor del que se inicia se transforma en plena integración del mismo en la comunidad»⁸.

El período catecumenal tiene también como objetivo introducir a los que van a ser cristianos en la fraternidad eclesial. Aunque el encuentro personal con Jesucristo sea un elemento esencial de la vida cristiana, no es menos cierto que la profesión de fe se da en la comunión de la Iglesia. Iniciarse en la fraternidad de la vida eclesial exige importantes aprendizajes que es necesario hacer experimentar a los catecúmenos.

En un momento social dominado por el individualismo surge a menudo la duda de si los catecúmenos están dispuestos a acoger todo lo que la Iglesia cree y vive. Los acompañantes viven la tensa dificultad de establecer un adecuado equilibrio entre lo personal y lo comunitario. La coherencia entre lo que los catecúmenos dicen y lo que realmente están dispuestos a hacer plantea interrogantes. Difícilmente aquellos que están al frente de un itinerario catecumenal se sienten capaces de garantizar un resultado modélico.

De una forma ideal, el candidato debería poderse beneficiar de un acompañamiento intenso de la comunidad en la cual va a quedar inserto. La experiencia realizada en este terreno presenta hasta hoy luces y sombras. Por un lado, muchos catecúmenos realizan una remarcable experiencia comunitaria a través del grupo catecumenal en el que participan. Pero también es cierto que la presencia de estos grupos y de los catecúmenos en sí mismos no es muy significativa en la vida de las comunidades parroquiales en las que se hallan insertos. También se dan casos de un acompañamiento muy limitado ante la imposibilidad de constituir un grupo por lejanía de los candidatos o por su bajo número.

La posible creación de centros específicamente catecumenales es un debate actual entre los que tienen esta responsabilidad. En algunas diócesis esta resultando positiva la agrupación de los catecúmenos de las diversas parroquias en encuentros o celebraciones conjuntas. Permiten ir más allá de la realidad conocida y descubrir la vida de la Iglesia local. La presencia del obispo en estos encuentros, presidiendo los ritos, contribuye a subrayar la importancia de sus itinerarios personales y muestran la acogida que la Iglesia realiza de sus nuevos hijos.

8 D.G.C., n. 69

4. La etapa catecumenal hace vivir unos ritos litúrgicos que marcan las etapas del camino

Tradicionalmente, el camino hacia los sacramentos de la Iniciación cristiana está marcado por unas etapas litúrgicas. Las celebraciones básicas son el rito de entrada en el catecumenado, el rito de la elección y la celebración de los sacramentos.

Sus celebraciones promueven una relectura del camino recorrido y abren a una perspectiva nueva en este camino catecumenal. Dan sentido al camino significando el paso de una fe personal a una fe vivida en la Iglesia. Tienen un valor simbólico particular, ofrecido a través de sus signos: la signación, la entrega de los evangelios, las entregas del padrenuestro y del Símbolo, el agua, la luz...⁹

La liturgia es un espacio privilegiado, donde el encuentro de Dios con su pueblo se expresa sin seguir una lógica de discurso, sino una pedagogía de los sentidos. El lenguaje simbólico de las celebraciones evoca esa dinámica catecumenal según la cual el candidato ya no se comprende por sí mismo, sino por Aquel que le ha llamado y le va conduciendo en su camino. En la práctica de estos años se subraya el valor positivo de estas celebraciones para los candidatos.

Las celebraciones catecumenales pueden contribuir a que la comunidad valore más sus celebraciones litúrgicas, al asumir el deber de acoger a los nuevos cristianos. Se trata de ritos que exigen formación y preparación por parte de sus responsables, y deberían ser un motivo de catequesis para toda la comunidad parroquial.

Su preparación se verá facilitada en el momento en que se publique la nueva edición del *Ritual para la Iniciación cristiana de los adultos*. Un instrumento importante para las parroquias y las diócesis puede ser el libro *Catecumenado de Adultos. Las celebraciones litúrgicas*, aparecido recientemente y publicado por el Centro de Pastoral Litúrgica de Barcelona, que pone más al alcance de todos lo que el *Ritual* prevé y ofrece.

9 SERVICE DE L'INITIATION CHRÉTIENNE-CATÉCHUMÉNAT, *Accompagner des catéchumènes*, Lyon 2007, 98-99.

5. La etapa catecumenal necesita una duración suficiente

Si la duración es breve, la etapa catecumenal no se puede realizar en todos sus elementos. La prudencia pastoral permitirá acordar un tiempo significativo que favorezca el crecimiento y la maduración.

Antes nos hemos referido a la variedad de los puntos de partida de los catecúmenos. Esta singularidad es lo que debería permitir establecer esa *duración suficiente* del proceso catecumenal en cada candidato. Sin embargo, en la realidad muchas veces es difícil conjugar el proceso personal de cada uno con los ritos catecumenales que tienen unas fechas fijas (I domingo de cuaresma para la elección y pascua para los sacramentos). Dejando aparte los períodos de vacaciones, parece que la duración más habitual entre nosotros es la de doce meses, que se reparten a través de dos años litúrgicos. En algunos casos, el tiempo de la etapa catecumenal varía también dependiendo de la duración del precatecumenado.

En este momento del proceso, los acompañantes deberán ayudar a los catecúmenos a avanzar sin prisas. Los mismos agentes pastorales también deben superar la urgencia que ellos mismos se plantean para celebrar el bautismo. La maduración necesita su tiempo.

La etapa catecumenal se realiza en una autoevaluación permanente. ¿Cuándo alguien está realmente preparado? En verdad, solo Dios lo sabe. Sin embargo, la experiencia de estos años permite apuntar algunos datos que deberemos tener en cuenta. El catecúmeno está realizando un auténtico proceso de conversión cuando:

- Cuando está vivamente interesado por la persona y el mensaje de Jesús y por la experiencia de los cristianos.
- Cuando constata en sí mismo resistencias al Evangelio e intenta superarlas.
- Cuando, escuchando, responde y encuentra su forma personal de expresar el Evangelio.
- Cuando acepta entrar en diálogo sobre el Evangelio y busca la comunicación con otros creyentes.
- Cuando descubre que la conversión es el inicio de un camino a fortalecer cada día¹⁰.

El tiempo catecumenal, a través de la escucha sincera de la Palabra, nos hace descubrir que el hombre no hace su camino hacia Dios, sino que es

10 SERVICE DE L'INITIATION CHRÉTIENNE-CATÉCHUMÉNAT, *Accompagner des catéchumènes*, 58-59.

Dios quien, con su revelación, viene al encuentro del hombre. Es el camino de Dios que, en Jesucristo, único mediador, busca al hombre.

Ciertamente, Dios va al encuentro de las aspiraciones “religiosas” del hombre, pero aún más: las suscita. Va hacia el hombre y le habla, y el hombre le responde: con su fe, él acepta esta llegada de Dios y se acepta a sí mismo como un ser nuevo, nacido de este encuentro. En este intercambio de amor, el hombre “nace”, es una “nueva creación”. Acompañar este proceso es la misión y el reto actual de la Iglesia, signo e instrumento de la unión íntima con Dios (LG 1).